

MEDITACIÓN SOBRE
LA SIMPLICIDAD

VICENTE JAIME RAMÍREZ GIRALDO

MEDITACIÓN SOBRE LA SIMPLICIDAD

VICENTE JAIME RAMÍREZ GIRALDO



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2016

Ramírez Giraldo, Vicente Jaime

Meditación sobre la simplicidad / Vicente Jaime Ramírez Giraldo. -- Medellín:

Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

116 p.; 21 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-338-7

1. Reflexión (Filosofía). 2. Filosofía. I. Tít. II. Serie

102 cd 21 ed.

R173

Universidad EAFIT- Biblioteca Luis Echavarría Villegas

MEDITACIÓN SOBRE LA SIMPLICIDAD

PRIMERA EDICIÓN

PRIMERA REIMPRESIÓN: SEPTIEMBRE DE 2016

© VICENTE JAIME RAMÍREZ GIRALDO

© FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

CARRERA 48A No. 10 SUR - 107 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

e-mail: fonedit@eafit.edu.co

DISEÑO DE COLECCIÓN Y DIAGRAMACIÓN: Alina Giraldo Yepes

EDITOR: Felipe Restrepo David

ISBN: 978-958-720-338-7

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Simples sigillum veri
[*La simplicidad es el sello de la verdad*]

Herman Boerhaave

PRELUDIO

La filosofía nace y muere con el asombro. Gracias a este el balbuceo llega a ser virtuosismo de la prosa o, gracias a él, se llega al silencio. Todos los hombres aspiramos al conocimiento, desde Aristóteles se nos ha repetido; pero casi todos tenemos terror de alcanzarlo, pocas veces se nos advierte. Más allá del vértigo del conocimiento de la objetividad, el saber acerca de sí mismo genera el más severo temor. Del legado griego solemos olvidar el matiz del *modo*: “Conócete a ti mismo” es un imperativo, no una invitación. Hablar desde la disposición interior, a la que nos atrevemos a llamar “filosofía”, implica reconocer, en toda su radicalidad, el empeño de saber desde sí y sobre sí. Dónde habremos de llegar, será decidido en el saber dónde comenzar.

El ímpetu repentino de enmudecer, o el de preguntar, que en ocasiones se explaya en la escritura; ese esfuerzo de considerar totalmente nuestra situación, siempre ha sido el mismo acto originario de la filosofía. Es un impulso de partir a enfrentar el mundo; de quedarse para no huir de sí mismo; paradójica resolución de rebelde quietud o de decidido reposo. Somos y nos percatamos de serlo: está en nosotros una valentía elemental sin la cual habríamos hecho tiempo perecido. Pensamos por nosotros, por nuestro bien y porque acatamos el deber interminable de afirmarnos, de ya no dar el otro paso sin estar presentes. Volvemos a descubrir la ingenua dimensión de la existencia, su esencial soledad, su innegable comunión con el destino de

lo real. De nuevo pensamos y pensar es la novedad. El cuerpo acompaña nuestra divagación, detrás de cada abstracción que con honestidad repetimos, está respirando. Gesto de libertad, acción mínima casi todavía renuncia, que no da por descontado ningún desenlace y que hace palpar a veces con la tensión de la aventura. Severidad cierta de no evadir el sinsentido abismal, cotidiano, del larvado nihilismo que requiere la corriente fresca de la confrontación. Prudente temor sí, pero no definitivo. Al pensar, retornamos. ¿A dónde? ¿Qué es este lugar inesperado de la intimidad? Ya en la *reflexión* se sugiere ese movimiento. Tal vez al estar tanto con nosotros, en nosotros, lo sabremos. Por ahora detener la huida, suspender el gesto que da lugar al milagro invisible: quedarse o partir, conocerse o conocer, pero no hacer como si no hubiera que elegir. Sobrio encuentro con el dilema íntimo entre la verdad y el sosiego.

He querido escribir este libro breve sin fantasías y sin desesperanza. He querido hablar, como algunos libros entrañables, jugando al soliloquio, dubitativo entre la seriedad y la ironía. O que en todo caso la seriedad no sea antesala de solemnidad o la ironía preámbulo del cinismo. He querido hablar del deseo absoluto de unidad, del anhelo de la razón reconciliada, del vivir que pierde su ritmo en los sobresaltos de su propia desazón. Pero lo he hecho, desde los paisajes de la rutina, no desde la cumbre abstracta de la disciplina académica. Es *prosaico* el empeño: el camino imperfectamente circular desde la lectura distraída (no suele hablar, lo que leemos, exactamente de lo que nos preocupa), mediante la divagación en entrelíneas, hasta la posibilidad de escribir. Es cuando comprendo la meditación como lectura espectral; la escritura como envés de la devoción de leer. Para entonces, al escribirlo, ninguna noción como la de *simplicidad* recogía esa aspiración, ese deseo. Pero nombrar algo no es sino una necesidad previa para empezar a conocerlo.

Compartir lo escrito mediante una forma personal, elegida, de hacerlo podrá tener el tono casi pendenciero del reclamo

o de la objeción. O el énfasis de la conclusión cuando no se han explicado suficientemente los tortuosos antecedentes. Es un riesgo que, de ser evitado, puede pervertir lo que de más genuino tiene la tarea. Los filósofos profesionales lo son tanto, que logran hablar de temas importantes sin darles importancia. A veces, cuando los seguimos con fervor, sobre todo a los de ahora, después de atender el interminable ajedrez de sus disputas, se diluye la pregunta inicial que parecía justificar el esfuerzo. Es necesario propugnar por la recuperación del pensar como práctica marginal que no sustituya la vida en oficio; por escribir como práctica ritual del decir en silencio para prepararse a un destino de comunión. *Precisamos, todos y siempre, una meditación radical sobre la vida*: y llenar de sentido cada uno de los ávidos cuencos de estas palabras.

He desechado en los textos siguientes cualquier ordenación sistemática, pero me he concedido el sosiego de una numeración y de unas pausas. Aspectos que son a su vez objeto de alguna consideración. El remitirme a *lo simple*, que no ostenta imponentes credenciales en la actualidad, marca las pretensiones de mis intenciones. De fondo, he acudido a la metáfora del vitral, para aludir especialmente a la simplicidad de la luz que sostiene su visibilidad. Opté por conservar o recuperar pedazos de texto que podrían tener un lugar en alguna representación; en una nueva, y nunca definitiva, totalidad. El estado de recomposición, esperado por el esfuerzo del recogimiento, se parece al trabajo con fragmentos en la búsqueda estética de figuras posibles que nos ayuden a expresar. Un artesano de la palabra abigarrada, con sus fragmentos de temas y reflexiones, recrea la unidad contingente del vitral de un abrazo, sobre el silencio luminoso y fugitivo de las horas. Eso es todo, quiero compartirlo.



DETALLE DEL VITRAL CENTRAL
DE LA ENTRADA OESTE
DE LA CATEDRAL DE COLONIA,
ALEMANIA